

Por TITA MARTÍNEZ

Médicos de Albacete en el recuerdo

R

ecordando con amor estoy autofusilándome.

Me explico. Lo de "fusilar" en periodismo tiene un eco entre peyorativo y entrañable, porque ¿acaso no es motivo de orgullo que un compañero te copie o haga tuyas tus palabras? Yo desde luego, creo que sí, y por eso doblemente, quiero en este comentario fusilar un trabajo que escribí hace tiempo, respondiendo a una convocatoria del Colegio de Médicos, generosamente premiado y que titulé "Recordando con amor".

Lo he dicho tantas veces que todo el mundo lo sabe: quería ser médico y lo tuve muy claro desde que puede concretar lo que quería, pero luego la Guerra Civil y todos los demás etcéteras que en mi vida se derivaron de ella fueron trabas encadenadas y acabé cansándome y pariendo por partida cuádruple sin haber conseguido ir a la Facultad. Luego tuve un feliz y tardío amanecer y vino lo del Periodismo.

Punto.

Pero para mí, desde siempre han sido motivo de envidia —de envidia buena, no rencorosa— el estamento importantísimo de médicos en nuestra ciudad (y no digamos el pampaneo de ahora). Pampaneo importante y trascendente, pues a Albacete venía gente a operarse desde otras provincias españolas. Teníamos (y tenemos) especialistas, cirujanos con renombre nacional y aquellos sanatorios privados, cinco en una ciudad tan pequeña por entonces.

Y con toda ternura agradecida se me viene a la memoria el nombre de D. Ubaldo Martínez, médico de Cabecera, así lo llamábamos, y que por una iguala al año que hoy produce risa, estaba allí, en tu cabecera, a los diez minutos de avisarle, tanto si era de día como de noche. He nombrado a D. Ubaldo porque él era el médico de cabecera de mi familia.

He dicho lo de sanatorios: el de D. Nicolás Belmonte, el de D. Aurelio Romero, el de D. Arturo Cortés, el del Dr. Carrillo, el de D. Francisco Gaspar (sentiría enormemente olvidar alguno, pues la memoria me gasta a veces malas bromas).

Hace unas noches, saliendo del concierto de la Catedral, estaba el Ayuntamiento espléndidamente iluminado y de pronto recordó aquella esquina con puerta de acceso a la Casa de Socorro, donde los médicos hacían guardia permanente día y noche y

en el verano se salían con las sillas a la acera, a punto siempre para atender o curar a los que venían allí, con problemas de salud o se habían herido de algún modo o acudiendo, con toda rapidez, maletín al brazo, a donde los llamaban con urgencia. Y por aquel entonces, no todos, como ahora, tenían coche.

La instalación en Albacete del Santuario Antituberculoso, fue un acierto redondo. La tuberculosis era un terror durante mi juventud y sólo los muy fuertes en economía podían irse a los sanatorios de Guadalajara. Abrir aquí ese sanatorio fue un respiro, porque además el clima de Albacete es bueno..., contando con que haya algo bueno contra males tremendos. Lo cierto es que aquella enfermedad mortal, empezó a ser controlada y a nuestra ciudad acudía gente de todas las provincias cercanas.

Voy a dar un solo nombre excepcionalmente: D. Nicolás Belmonte, oftalmólogo con renombre nacional, con tres hijos que siguieron sus pasos y ahora varios nietos también. A su excepcional categoría profesional sumaba su generosidad humana y nadie podía explicarse cómo cobrando tan poco y en muchísimos casos no cobrando nada, podía sacar tan dignamente la familia adelante y dar carrera a los cinco hijos, de ellos uno fue arquitecto y la hija estudio en la Normal. Vaya para D. Nicolás

—que también era Médico de la Estación, así se llamaba entonces— el homenaje de toda mi admiración u respeto que al ofrecérselo a él lo hago extensivo a todos los médicos en Albacete han sido y son.

He comenzado diciendo que la gran frustración de mi vida ha sido no poder ir a la Facultad de Medicina (concretamente soñaba con ir a la de Valencia) por eso me parece justo añadir que de algún modo

me he arrancado la puncha. Primero porque mi hija Encarnita se hizo médico en Salamanca, se casó con un cirujano y los dos ejercen a pleno rendimiento en San Sebastián y sobre todo (por favor présteme un pañuelo, porque la baba se está cayendo): mi nieto mayor Alejandro, que ahora está en Méjico en viaje fin de carrera, ha sacado tan buenas notas en el trimestre que el fin de curso lo tiene asegurado y este fin de curso es nada menos que el quinto en el Gregorio Marañón de Madrid. Y en su ilusionado proyecto está lo de venir a Albacete en cuanto termine, todo lo que, después de los cursos, aún le queda por hacer.

● Teníamos especialistas, cirujanos con renombre nacional, y cinco sanatorios privados en una ciudad pequeña